



Alba de América 41 (2024): 22-28

Amalia Domingo Soler: Romántica y heterodoxa

Ana Rossetti

La escritora Rosa Chacel, aunque vivió la mayor parte de su vida en el exilio, jamás quiso que se le considerara como tal. Tampoco que la clasificaran como feminista y ni siquiera como mujer. Esta renuencia a ser definida de algún modo por muy evidente que esto fuera, obedecía al deseo de que sus obras se recibieran sin que ningún prejuicio condicionara la lectura. Aunque eso es imposible, tenía razón. Este es el caso de Amalia Domingo Soler, una escritora nacida dos años antes que Rosalía de Castro y uno antes que Bécquer y cuya vida, que se desarrolló como la de ellos en el desconcertante siglo XIX, alcanzó a ver los primeros nueve años del XX.

Al estar su obra enfocada exclusivamente en el espiritismo, fuera de ese círculo no es conocida y mucho menos reconocida como escritora. Pero lo es, puesto que, durante treinta y tres años, es decir, desde 1876 hasta su muerte vivió de sus publicaciones. Algunas de ellas fueron: *Un ramo de amapolas y una lluvia de perlas*, *Memorias del Padre Germán*: comunicaciones obtenidas por el médium parlante del Centro Espírita La Buena Nueva; *Te perdono*: memorias de un espíritu; *Ramos de violetas*, *Memorias de una mujer*, *Hechos que prueban*, *Réplicas de Amalia*, *La Luz del Camino*, *Cuentos Espíritas...* además de multitud de cartas, artículos y poemas que aparecían en revistas y periódicos.

La autobiografía de Amalia Domingo Soler demuestra cómo las circunstancias que creemos adversas, a menudo, son para mejor. Según lo que el espíritu de Amalia Domingo Soler una vez descarnado dictó desde el espacio a la médium María, lo que llamamos casualidad, destino, o divina providencia, obedece a una ley que crea nuestro arrepentimiento por nuestras vidas pasadas y es la que nos conduce a puerto de salvación. Por eso fue preciso que, en su última existencia como Amalia, llegara como dice ella en sus memorias a tocar fondo “para saber las fuerzas que tiene mi alma” y que emergiera a una nueva realidad llena de sentido. Un entramado de pérdidas, la de su madre, la de su patrimonio, la de su estatus, la pérdida progresiva de la vista y la pérdida

de la esperanza fueron una sucesión de eslabones que la precipitaron al abismo. Pero antes de caer del todo, otra serie de enlaces la sacaron de allí. Esto se puede resumir a la manera de las retahílas infantiles: La desesperación la llevó hasta la iglesia evangélica, en la iglesia evangélica encontró a Engracia, Engracia la llevó a un homeópata y el homeópata la llevó hasta lo que en adelante sería el motor de su existencia. Aunque el doctor era un materialista convencido, fue él precisamente quien puso en sus manos *El Criterio*, revista espiritista cuya lectura le alcanzó de lleno.

Pero rebobinemos. Sevilla, 1835, 10 de noviembre. Nace Amalia Domingo Soler: Su padre había abandonado el hogar meses antes y fue su madre quien la crio, la educó y la sacó adelante no sin esfuerzo. Esta circunstancia, unida a la delicada salud de Amalia que precisaba de tantas atenciones, hizo que madre e hija estuvieran muy unidas. Pocos días después de nacer Amalia, una afección ocular estuvo a punto de dejarla ciega, y aunque pudo recuperarse, tuvo problemas de vista a lo largo de toda su existencia. Sin embargo, desde que tenía dos años su madre le enseñó las letras y al cumplir cinco leía de corrido. A los 10 años escribió sus primeros poemas y a los 18 empezó a publicarlos en revistas. Estaban bien escritos, pero no iban más allá de lo que se estilaba.

Al fallecer su madre cuando Amalia tenía 25 años, dejó a su hija sin nada. La chica sufrió un gran desajuste emocional; era incapaz de llorar, perdió la memoria y llegaron a pensar que había enloquecido. Además de quedarse sin apoyo afectivo, Amalia no tenía ninguna herramienta para desenvolverse en el mundo y defenderse de él; los pocos ahorros se habían ido con la enfermedad y los gastos del entierro; de pronto, la burbuja que la protegía estalló y se dio de bruces con la vida real. La pobreza y la soledad la cercaron. Era pobre en las peores condiciones que se pueda ser pobre porque le faltaba el aprendizaje para la supervivencia. Según se comentaba, su madre la había tenido como una duquesa, protegiéndola de preocupaciones y complaciéndola en todo. La única familia que tenía Amalia era la paterna, con la que probablemente no habría tenido demasiada relación debido al desacuerdo entre sus padres; estaba atrapada, sin salida. Bueno, sí, tenía dos. Las amigas de su madre le propusieron las únicas opciones para una mujer: es decir. La entrada en el convento o el casamiento arreglado con un señor de mucha edad y mucho dinero que estaba dispuesto a protegerla. A ella le fue imposible aceptar ninguno de los dos caminos posibles. No quería ser comprada por ningún hombre, ni prestarse a la mascarada de una ceremonia para beneficiarse legalmente del nombre y la fortuna de alguien por quien no sentía ninguna atracción. Eso era un engaño que le repugnaba. Recordemos que el romanticismo puso en cuestión el contrato matrimonial poniendo el amor por encima de cualquier interés. Amalia tampoco quería ser monja. Decía: «Mi alma no siente la necesidad de entregarse al ayuno ni a las penitencias; ni encuentro a Dios en los altares de los templos; los conventos me han parecido siempre las mazmorras de la inteligencia... Mi Dios lo encuentro en el Sol, en el aire, en las flores, en las aves, en las montañas, en los ríos, en los mares, en todas partes donde se manifiesta la vida.» En estas declaraciones tenemos los primeros indicios de heterodoxia.

Durante un tiempo sus parientes se hicieron cargo de ella a cambio de ser la costurera de la casa, hasta que, pasados unos meses, decidieron que pagar por lo que cualquier mujer de la familia haría más rápidamente y gratis, les resultaba muy poco práctico. Sin más preámbulos la abandonaron a su suerte. Es entonces cuando se trasladó a Madrid, con la esperanza de encontrar mejores condiciones para vivir de la costura y probar introducirse en el mundo literario. Sus dificultades

visuales hacían muy lenta su labor esto hacía que trabajara día y noche. La mala iluminación provocó que su vista se fuera resintiéndose. Los oculistas le confirmaron que, si no dejaba de coser, no tardaría en quedar totalmente ciega. Puesto que todavía distinguía el relieve de las cosas, se dedicó a hacer recados y a llevar cartas, le pagaban poco, a veces hacía esos pequeños servicios por un plato de sobras y un trozo de pan. Tuvo que empeñar hasta su ropa. Recorrió instituciones de caridad, se puso en la cola de los pobres para recibir la comida y en su desesperación, pensó hasta en matarse. Sin embargo, en una noche de gran amargura, comprendió que podía existir consuelo en Dios y recorrió las iglesias de distintas confesiones buscándolo (en 1869, se había decretado la libertad de cultos). Encontró refugio, como ya anticipé, en la iglesia evangélica y en su amiga Engracia.

Y aquí conectamos con aquel médico materialista que le habla sobre unos nuevos locos que creían con la mayor sinceridad del mundo que el Espíritu vive toda la eternidad, encarnando tantas veces como lo necesita en la Tierra y en otros mundos, adquiriendo conocimientos, perfeccionándose y pagando las faltas de las vidas pasadas. Todo ello la llevó a hacerse algunas preguntas de orden más trascendente y empezó a interesarse por el espiritismo. Leía todo lo que encontraba sobre el tema, pero como no tenía dinero para comprar las revistas que exponían esta doctrina decidió que la única manera de poderlas leer era colaborando ellas. Aunque sus anteriores escritos no habían destacado, los poemas, artículos y comunicaciones que empezó a publicar en esos medios tuvieron una excelente acogida. Por fin su escritura había encontrado un cauce y una inspiración. Para Amalia el adherirse al espiritismo y a la creencia de la reencarnación, supuso un cambio decisivo en su forma de descifrar el mundo y de encontrar su lugar en él.

Aunque las imágenes de veladores levitando en los escenarios victorianos o de adolescentes en cementerios deslizando vasos sobre una ouija han contribuido a banalizarlo, el espiritismo va más allá de los espectáculos, los charlatanes y las reuniones furtivas de jóvenes en las series de terror. Hay que tener en cuenta que el espiritismo se extendió primeramente entre personas de talento, artistas, intelectuales, científicos... mentes cultivadas nada sospechosas de ingenuidad o de superchería. Esto hacía que las reuniones fueran muy estimulantes para cualquiera que tuviese una mínima inquietud por saber y profundizar. Así pues, Amalia se encontró rodeada de un clima favorable para que sus cualidades se despertaran y en el espacio conveniente para ponerlas en acción. El director de la Revista de Estudios Psicológicos de Barcelona fue uno de los primeros en publicar las colaboraciones de Amalia. Sus escritos aparecieron regularmente en periódicos afines, no solamente exponiendo la nueva doctrina sino también rebatiendo a los detractores: Sus dotes de divulgadora y polemista obtuvieron instantáneamente un clamoroso reconocimiento. Admirada y apreciada, viajó invitada a Alicante y Murcia dando conferencias y trabando amistades y en 1879, un editor le propuso dirigir un periódico realizado solo por mujeres. Para entonces ya vivía en Barcelona, acogida por el Círculo Espiritista de la Buena Nueva y donde permanecería hasta su muerte. Pero aún antes de pasar por el proceso de la muerte física, puede decirse que resucitó.

El feminismo entendido como tal, iba cobrando fuerza conforme avanzaba el siglo y encontró un arraigo significativo en la comunidad espírita. El programa espiritista se resumía en los siguientes puntos:

1. Reivindicación de la igualdad entre sexos y liberación de la mujer.

2. Enseñanza laica.
3. Reforma penitenciaria para la integración social de los presos.
4. Abolición completa de la esclavitud.
5. Supresión gradual de las fronteras políticas.
6. Desarme gradual de los ejércitos.
7. Secularización de cementerios.
8. Registro civil de nacimientos único y obligatorio.
9. Matrimonio civil.
10. Prohibición de la pena de muerte y cadena perpetua.
11. Interpretación del espiritismo en calidad de religión laica, antiautoritaria, igualitaria y socializadora.

El 22 de mayo de 1879 se publica el primer número de *La luz del porvenir*, no sin gran escándalo por el artículo firmado por Amalia llamado *La idea de Dios*. Fue denunciado y al periódico se le condenó a una suspensión de cuarenta y dos semanas. Antes de seguir quisiera aclarar algunas cosas: a menudo se confunde el laicismo con la aconfesionalidad y el libre pensamiento con el ateísmo. También en el diecinueve en el que el librepensamiento cobraba adeptos en todas las esferas sociales y en distintas doctrinas filosóficas, no faltaron debates sobre lo que significaba y lo que comportaba adherirse a esa ideología compuesta tanto por deístas como por ateos. Sin embargo, aunque algunos ritos de la masonería, no exige la creencia en el Gran Arquitecto para ingresar, la mayoría de las logias establece la existencia de un principio divino sea cual sea la forma bajo el que se conciba. En cuanto al espiritismo, la existencia y unicidad de Dios como primera causa inteligente, rige en todas sus obras fundamentales.

Los espiritistas pretendían unir ciencia, filosofía y religión, pero al ser librepensadores, no se adscribían a ningún dogma ni estaban sujetos a ninguna autoridad religiosa. La persecución que sufrieron por parte del poder eclesiástico fue precisamente por su desobediencia a la fe reglamentada y a la iglesia establecida, en este caso la católica. De no ser por esa cuestión, quizás no hubiera habido prohibición alguna; el catolicismo tiene una larga tradición de aparecidos y almas en pena.

Sorprende en este sentido la actitud del padre Llanas un célebre predicador de entonces. Transcribo las palabras de Amalia:

En el mes de julio de 1880 me entregó Luis tres tomos que contenían las conferencias científico-religiosas del reverendo padre Llanas. Leí con avidez los libros citados, encontrando en sus primeros párrafos que para el padre Llanas el Espiritismo entraba en el número de los errores, de las utopías irrealizables y de los sistemas impíos; y como el padre Llanas no desdeñaba la discusión y ofrecía descender al terreno de la prensa, escribí, refutando sus conferencias, quince artículos que publico *La luz del porvenir* y copió la *Gaceta de Cataluña*. Nada contestó el padre Llanas públicamente, pero al terminar mis *Réplicas filosóficas* (que este era el epígrafe de mis artículos), preguntó al padre Llanas uno de sus amigos, que también me honraba con su amistad:

– ¿Qué te parecen los escritos de Amalia?

- Muy bien.
- Y, ¿por qué no le contestas?
- Porque nada tengo que objetar; dentro de mi iglesia soy sacerdote católico; fuera de ella respeto todos los ideales que aspiran al engrandecimiento de la humanidad.

Hay que reconocer que no todo el mundo se muestra tan permisivo como este religioso escolapio, pues siempre ocurre lo mismo cada vez que el mundo que conocemos se ve cuestionado, suplantado o amenazado por una bomba que lo haga añicos. Y en la segunda mitad del diecinueve a cada dos por tres surgía un polvorín a punto de estallar; literalmente, pues las guerras se sucedían una tras otras cambiando las fronteras de los mapas, y porque los descubrimientos científicos y el desarrollo industrial, estaban haciendo cambiar las condiciones de la vida cotidiana, la noción de tiempo, del espacio y la estructura del pensamiento que empezaba a desmoronar sus categorías. Germinaba el comunismo, el materialismo, el ateísmo, el feminismo, la masonería, la teosofía... y un largo etcétera de vendavales que agitaron a las conciencias espiritual y socialmente. A la vez que la ciencia intentaba explicar lo que hasta entonces pertenecía al misterio, la espiritualidad pugnaba por encontrar un resquicio en la ciencia que la fundamentara. Contra el materialismo como única alternativa, aparecieron otras formas de trascendencia lejos de la ortodoxia de los dogmas y de las jerarquías de las religiones oficiales. Se definieron como ciencias ocultas queriendo expresar que hay una ciencia que subyace en todas las cosas a la espera ser descubierta y explicada.

Tras la suspensión de la revista, *La luz del porvenir*, salió *El eco de la verdad*, que estuvo cubriendo su ausencia de hasta que reapareció el 11 de diciembre del mismo año. *El eco de la verdad* también tuvo sus denuncias, pero siempre Amalia encontraba la manera de sortear los obstáculos pues había adquirido una gran seguridad en sí misma. Cinco años después de la publicación semanal de *La luz del porvenir*, la revista se distribuía con fluidez, el número de suscriptores cubría gastos y el editor se la cedió a Amalia en propiedad. Las condiciones económicas de Amalia mejoraron; no solamente solucionó su subsistencia para siempre, sino que pudo permitirse en ayudar a quienes estaban en circunstancias parecidas a las que ella conoció tan bien.

Amalia Domingo Soler no fue médium, pero trabajó con los médiums parlantes de la Buena Nueva copiando, anotando y editando sus revelaciones. Es así como dio a conocer al espíritu del Padre Germán, del que estuvo recogiendo sus comunicaciones durante cuatro años. En estas memorias el espíritu que en su última existencia fue el Padre Germán habla de su manera de entender el mensaje de Jesús de Nazaret, lejos de los disfraces y las trampas con los que la iglesia Romana lo había pervertido. Dedicó su vida a amar y a perdonar sinceramente, desenmascarando a los falsos cristianos con más prejuicios que misericordia, por lo que tuvo que padecer persecuciones y condenas de sus superiores más los conflictos morales que se debatían continuamente en su alma, al estilo del Nazarín de Galdós que tan magistralmente retrató en el cine Buñuel.

Las comunicaciones están organizadas en treinta y cuatro capítulos, siguiendo un orden cronológico respecto a su recepción, no al orden de los acontecimientos tal como ocurrieron en la vida del sacerdote. La lectura de *Las Memorias del padre Germán* es tan amena como perturbadora. Entre los episodios bastantes novelescos hay algunos inquietantes como la confesión de un padre que se suicida para impedir que su hijo cometa un parricidio, o el dilema del juez que debe condenar a

muerte a un hombre por asesinato cuando el asesino es el propio juez. En dos de los relatos, impide que dos jóvenes sean destinadas a la vida de clausura sin vocación, la una para expiar la culpa de su madre y la otra para salvarla entre comillas de su propia situación; acciones que le acarrearán críticas pues el oponerse a que alguien entre en religión parece obra de Satanás. Estas narraciones están muy bien articuladas por lo que la ideología que intenta transmitir puede soportarse si se tiene la mente lo suficientemente abierta.

Como a Amalia no siempre le satisfacía o comprendía las instrucciones que recibía de los espíritus, el Padre Germán se le ofreció como guía: «De hoy en adelante, le digo, sin día determinado, ni hora fija, cuando hayas de hacer algún escrito que te parezca de mayor importancia que los demás, llama al médium, y yo te daré las explicaciones que sean necesarias para que tu tarea te sea más fácil.» Ella lo consideraba su espíritu protector; fue precisamente el Padre Germán quien alentó a Amalia para que escribiera sus Memorias, tal como la propia Amalia reconoce: Cuenta que recibió un mensaje de Padre Germán que decía así:

- Tienes que dejar una herencia a los pobres de la Tierra.
- ¿Herencia? –repliqué con amarga ironía–. ¿Y qué quieres que deje yo a los pobres? Por razón natural moriré en un hospital o auxiliada por algunas mujeres piadosas que se verán con grandes apuros para costear la caja que encierre mis restos.
- La herencia a que yo aludo la puedes dejar de la misma manera sea cual sea el final de tu actual existencia.
- No te comprendo.
- Pues nada más sencillo ni más fácil que tu legado. Tú debes dejar escritas tus memorias. Debes decir a las mujeres que lloran lo mucho que tú has llorado. Les puedes enseñar del modo que encontraste una familia y cómo en medio del más horrible aislamiento te creaste amistades verdaderas y admiradores entusiastas. Es un deber que tienes que cumplir y lo cumplirás, y después de cumplido quedarás satisfecha de tu obra.

Dos años después de esto, Amalia emprendió la tarea. Murió en el 1909 sin haberlas concluido pero el 10 de julio de 1912, una médium llamada María y amiga de Amalia, recibió una comunicación de ella dictándole la continuación de sus memorias y el prólogo desde el espacio. No obstante, no fueron sus Memorias su único legado. Al empezar a mejorar su situación económica y habiéndose acostumbrado a la austeridad, remedió a muchas familias desfavorecidas. Su entierro en Barcelona fue multitudinario porque dejó una gran cosecha de gratitud. Pero no voy a seguir hablando de espiritismo ni de la importante contribución que hizo Amalia Soler a esta doctrina; recomiendo, eso sí, el libro recién publicado de Amelina Correa “*¿Qué mandáis hacer de mí?: Una historia desvelada de relecturas teresianas en el contexto cultural de entresiglos*”, fruto de muchos años de investigación sobre esta escritora sevillana. Aunque es un tema muy interesante y muy tentador renuncio a abordarlo porque lo que quiero resaltar a continuación es cómo las mujeres aun cuando no existían las redes sociales estaban en contacto y se informaban las unas a las otras sobre lo que hacían, pensaban o discrepaban. Sin embargo, es una tónica general al hablar de las mujeres, cuando se habla de ellas, considerarlas como excepciones, sin maestras, sin compañeras, sin referentes femeninos, pero ya es hora de cambiar esta percepción. Las mujeres no somos islas ni estamos dotadas de ciencia infusa que nos haga saber sin aprender ni contrastar con nuestras

iguales. Porque puesto que exigimos la paridad debemos empezar por nosotras entre nosotras mismas.

Entre una selección de escritos de Amalia Domingo Soler, hay un cruce de cartas entre Amalia y una tal Violeta que se publicaron en *La luz del porvenir*. En la primera de ellas, Violeta le pregunta a Amalia sobre por qué nunca escribe sobre el amor. Esto da lugar a una correspondencia entre ambas tan bien ensamblada que se puede llegar a sospechar que sea ficticia y que el personaje de Violeta haya servido de pretexto para que Amalia desarrollase ciertos temas en una versión epistolar del banquete de Platón. Pero en una de estas cartas, Violeta cita ciertos artículos de Rosario de Acuña en *Las dominicales*. *Las dominicales del libre pensamiento* era un semanario que aglutinaba las diferentes tendencias heterodoxas del movimiento librepensador. Abogaba por el libre examen, el liberalismo, el feminismo, el divorcio, el cuestionamiento de la pena de muerte, el estudio de las humanidades y de la historia de las religiones comparadas, la práctica del naturalismo, la alimentación vegetariana y un modelo de vida más sano y austero. Opuesto a los dogmas católicos, con una fuerte carga anticlerical, difundía la masonería, la teosofía y el espiritismo. Pues bien, tras haber sido mencionada Rosario Acuña, interviene la aludida contestando a Violeta. Es un punto de credibilidad sobre tal correspondencia, aunque debo confesar mis ganas de saber quién es Violeta y con la molesta sospecha de que al fin y a la postre Violeta sea un invento de Amalia.

Pues bien, es en *La luz del porvenir* en el que estas dos mujeres, Amalia Domingo Soler, espiritista y Rosario de Acuña, masona, por mediación de Violeta, exponen en un apasionado debate sus puntos de vista sobre el librepensamiento, entendido desde el espiritismo y desde la masonería. Cada una defiende su postura con firmes argumentos, sí, pero que aun cuando hay oposición y disenso, las tres sin excepción coinciden en manifestar la admiración mutua y el apoyo por labor de las demás. De hecho, muchos artículos de Rosario en *Las dominicales*, se reprodujeron en la *Luz del porvenir*, quedando la constancia de que la libertad de pensamiento conlleva inevitablemente la libertad de expresión y no al revés. Violeta, Amalia y Rosario tendrían sus diferencias porque no eran seres clonados, pero no por eso enemigas. Al contrario, eran colaboradoras que intercambiaban conocimientos.

Tanta insistencia en la rivalidad entre mujeres, en la incapacidad de lealtad y en nuestra naturaleza pérfida, hacen que pese a los ejemplos que veamos continuamente y que incluso protagonicemos, en nuestro imaginario se repitan los mismos estereotipos. Y ya está bien. Si no fuera por cómo nos hemos tendido las manos, no habiéramos avanzado en la conciencia de nosotras mismas. No olvidemos esto. Repitémoslo una y otra vez, todas las que sean necesarias hasta que el pensamiento y la experiencia se conviertan en una misma cosa.